



Juan Soto Ivars

CRÍMENES DEL FUTURO

CRÍMENES DEL FUTURO

JUAN SOTO IVARS

JUAN SOTO IVARS

Juan Soto Ivars (Águilas, 1985) es escritor, columnista en *El Confidencial* y *El Periódico de Catalunya*, y colaborador en *Els Matins* (TV3) y *No es un día cualquiera* (RNE).

Entre sus novelas destacan *Siberia* (Premio Tormenta al Mejor Autor Revelación de 2012) y *Ajedrez para un detective novato* (Premio Ateneo Joven de Sevilla de Novela 2013). Su último ensayo, *Arden las redes: la poscensura y el nuevo mundo virtual* fue un gran éxito de crítica y ventas.

“Sin lugar a dudas Juan Soto Ivars es un escritor con vocación de permanencia. Basta leer unas pocas páginas para apreciar su instinto incuestionable.” Santi Fernández Patón, Hermano Cerdo

“No siempre estoy de acuerdo con Ivars. Pero siempre me hace pensar y cuestionarme aquellas ideas que tengo grabadas a fuego en mi interior, como si fuesen verdades reveladas.” Xabel Vegas, La voz de Asturias

“Soto Ivars siempre se pone del lado de los débiles, sea el lado que sea.” David Torres, Cuarto Poder

“Si has escrito twits y los has borrado antes de darle a twittear, Soto Ivars te explica el porqué.” Jordi Évole.

Candaya Narrativa, 50

CRÍMENES DEL FUTURO

© Juan Soto Ivars

Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

Primera edición impresa: marzo de 2018

Primera edición digital: enero de 2019

© Editorial Candaya S.L.

Carrer de la Bòbila, 4 - Barcelona

08004 Poble Sec (Barcelona)

www.candaya.com

facebook.com/edcandaya

twitter.com/edcandaya

Diseño de la colección:

Francesc Fernández

Imagen de la cubierta:

© Manel Gausa (del libro *Somorrostro*, Líniazero edicions, 2013)

Maquetación y composición *epub*

Miquel Robles

BIC: FA

ISBN: 978-84-15934-61-5

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin la previa autorización del editor.

Para Juan Gómez Bárcena y Andrea Palaudarias, sin los que
no habría terminado este libro.

Para Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, sin las que no lo
habría comenzado.

“En cuanto me recuperara un poco saldaría todas mis deudas; tal vez comenzara hoy mismo un artículo sobre los crímenes del futuro.”

Hambre, Knut Hamsun

LIBRO PRIMERO

LOS DECAPITADOS

CAPÍTULO 1

Alguien preguntó la hora pero ninguno tenía reloj, y los niños hacía rato que habían echado a correr. El edificio que hoy usan como granero fue un polideportivo, pero de esto hace tantos años que los críos, aficionados al fútbol, lo ponen en duda. Atienden a las historias de los viejos como quien oye una canción que se sabe de memoria, pero en cuanto sale el tema del polideportivo y los ancianos rememoran competiciones y trofeos, los niños levantan las orejas y tuercen la cabeza con suspicacia. ¿Un polideportivo?, preguntan sus ojos incrédulos, ¿aquí? Así que la jauría sale para allá. Se alejarán de la plaza, abandonarán el pueblo y saltarán entre zanjas y montículos de escombros que flanquean la antigua urbanización en ruinas, de la que todo lo aprovechable fue saqueado muchos años antes de que estos niños nacieran.

Atravesarán las eras y alcanzarán el edificio. Tienen siete, ocho, nueve años, pero aparecen pequeñas arrugas entre sus cejas. Miran el granero con la expresión de un hombre que abre la puerta de su casa y encuentra a un pariente indeseable, aunque también hay envidia y resentimiento. Envidia porque bajo el cereal y las pacas de forraje y los aperos de labranza hay una pista de fútbol y una cancha de baloncesto. Resentimiento porque quienes cuentan estas cosas fueron niños privilegiados. Se enzarzan entonces en amargas discusiones, se enfadan entre sí y al final la toman a pedradas contra las paredes de hormigón o rascan la pintura azul de la fachada, que se descascarilla con facilidad por la resaca de un siglo de sol español.

Otras historias del pasado les hacen sentir muy afortunados. En el dintel de la escuela hay un letrero: Sólo los mejores merecen lo mejor. Los niños saben que esa leyenda es un conjuro que los libraré pronto de las lecciones tediosas del maestro, y esperan con ansiedad el momento de cumplir los diez años. A diario los muchachos de doce o trece se arriman a las ventanas durante las clases y les enseñan el pijo o las tetas a los escolares y fuman riéndose al aire libre y cantan viejos cantos de libertad, como *Caín y Abel es un partido cruel, tienes que pelear por una estrella, consigue con honor la copa del amor, para sobrevivir y luchar por ella*. Cantan y todavía tienen ánimo para jugar, el trabajo ya los aplasta pero todavía no han descubierto el consuelo del vino, así que conservan la mirada intrépida y los modales desmañados de los más pequeños, aunque entre sus dedos ya se adivinan pequeños bultos, embriones de esos futuros callos que transformarán sus manos en herramientas.

La ley dice que los menores de catorce no pueden trabajar más de diez horas al día pero el campo no sabe leer. Hay que sacar las ovejas y las cabras y luego volver a entrarlas, hay que rastrillar mientras los hombres abren caballones con el azadón y despanzurran la tierra, hay que apartar las piedras grandes a un lado y hay que limpiar las cuerdas y hay que sanear las casas y todo eso es trabajo de muchachos y muchachas. Los niños saben que la vida será cansancio. Los hombres se ocupan de que se hagan a la idea poniéndolos a trabajar hasta que caen reventados, y así sabrán por qué llegan sus padres reventados y se meten en el catre al poco de la cena. Hermanarse con el cansancio de los padres es la forma que tienen estos niños de anticiparse al futuro, pero saben también que, en los descansos, podrán pararse a fumar ante las ventanas de la escuela y enseñar el pijo a los pequeños y burlarse, lo cual es mejor que aguantar al maestro.

No es el caso de Julia, que es de naturaleza generosa pero muy escéptica con los otros niños. A simple vista cos-

taría distinguirla de los demás, aunque todo el mundo sabe que hay una niña en el pueblo a la que le importa un pimiento el polideportivo. Es la que lee debajo de un olivo, la única que se llevará un disgusto cuando se le acabe el tiempo obligado de escuela y tenga que ponerse a trabajar como una bestia. La hija menor de Matías, marido de Juliana e hijo de Samuel, estaría mejor si fuera hija de don Juan. Eso dicen las malas lenguas, que en el pueblo son tan numerosas como los días de sol. Es fácil que Matías se ofenda al oír tales comentarios, no tanto porque sospeche de Juliana como porque se cree todo lo que dicen los del Movimiento Agrario Revolucionario. Matías ha sabido siempre que la cría es más espabilada que el hermano, que la madre y que él mismo. Una virtud como la inteligencia no es algo que alegre a un padre del campo, pero sin embargo no puede evitar sentir orgullo. A veces, tras la comida, se la queda mirando. La niña lleva el plato al arenero y lo limpia frotándolo minuciosamente. Después vuelve a la mesa y abre un libro. Nada consigue perturbarla cuando lee. Se le olvidaría dormir si el libro no se consumiera ante sus ojos.

Es Matías quien se los trae a casa aunque eso ocasione peleas con Juliana. Para su esposa, el sitio de una niña está en el corral, y un libro en las manos ocupa el espacio destinado a la escoba. Pero Matías le dice: ¿qué problema hay, si después trabaja más que su hermano, si nunca ha protagonizado un berrinche cuando le toca desempeñar una tarea repulsiva? Pero Juliana niega con la cabeza, porque una madre siempre encuentra motivos para recelar cuando observa a sus hijos. Poco importa, porque los libros casi no cuestan dinero. Es fácil encontrarlos en primavera cuando los venden al peso los gitanos para que los hombres del campo enciendan los hogares y las chimeneas y prendan los rastrojos con páginas arrancadas.

Cuando la niña lee, Matías la mira y le desazona que pase el tiempo tan deprisa. Sospecha que recordará esa imagen el día que le llegue la hora, pero no hay que ponerse tan dramático, Matías. Tu hija es una cría gruesa y sana. Sa-

be jugar como los otros aunque tú sospechas que lo hace más para agradar a sus padres que por diversión propia. ¡Vamos! Mírala con otros ojos. Tu hija sabe tirar piedras, sabe correr y saltar, coger arañas y ranas; sabe defenderse si otro crío quiere pegarle. Su cabello negro crece fuerte en las sienes y las pestañas. Ni siquiera protesta cuando le encomendáis echar cal en las letrinas.

Matías se repite todo esto y sin embargo hay momentos de misterio, como si la niña estuviera enviándoles un mensaje en un idioma antiguo y ellos no acertasen a interpretarlo. Esta noche, a esa hora tétrica en que su hermano solía tener miedo de monstruos y fantasmas, Julia se ha quedado dormida en la mesa con la cara apoyada en las páginas del libro. Matías la ha cogido en brazos y la ha depositado en el catre. Luego ha vuelto a la cocina y se ha quedado mirando el libro. De pronto, una pieza de leña se convierte en algo delicado.

Un ciclo en la vida de las plantas concluye. Sacrificaron unos animales y esperaron a que otros dieran a luz, y en otoño, el día de la patrona, una mujer de Mérida vino a las fiestas y cantó rapsodias viejas como el mundo. *Tocan las campanas, la gente se alegra, mi novia va a misa, yo voy detrás de ella; y allí, mismamente delante del Cristo, hincado en la tierra, rezando las cosas que a mí me enseñaron cuando iba a la escuela, una voz me dice: ¡sé bueno y trabaja! y otra voz me dice: ¡trabaja y espera!* Luego se levantó el muro helado del invierno y se resquebrajó, y así transcurría un año más, que era un año menos para que empezase la guerra.

Julia crecía. Las muescas en la pared de la cuadra eran más altas de semana en semana, y los gitanos pusieron su carpa cada miércoles y dieron el parte de las noticias del mundo con sus aparatos conectados a internet. Recibían cuatro duros aquí y otros cuatro duros en el pueblo siguiente, que es el Puente del Arzobispo. En todas partes acudía a escucharlos un público igualmente reducido: el maestro y

sus alumnos, obligados y alborotadores; y don Juan y sus tres hijos, que tomaban refrescos ante la envidia de los niños pobres de la escuela. Pero los gitanos no eran los únicos visitantes. Cuando las máscaras de papel del Carnaval ya estaban cogiendo polvo en los atillos llegaron los delegados del Estado, lacónicos y severos. El pueblo se reunió en la cantina para oír la ley: guardarse una parte de la cosecha o venderla en el estraperlo estaba castigado, adulterar las canalizaciones de agua para abaratar el riego estaba también castigado, pinchar electricidad de los edificios públicos para alumbrarse en casa no estaba menos castigado. Todos la incumplían, pues la ley parecía impuesta a mala fe para impedirles lo más básico para la subsistencia. Un hombre pobre tiene derecho a saltarse la ley, aunque sean los hombres ricos los que al final suelen hacerlo sin castigo. Pero tras examinar los contadores, los delegados dictaron sentencia en la alcaldía, ante don Juan y las fuerzas vivas: dijeron que este año nadie había infringido la ley. Cuando el secretario de don Juan lo proclamó a los trabajadores no hubo sorpresa. Unos años caían premios porque había suerte y otros años venían los castigos, y el mundo recomponía el equilibrio mientras los labradores llevaban al mercado negro buena parte de la cosecha, pinchaban la electricidad de los edificios públicos, metían morralla en los tubos para pagar menos por el riego y asistían a las reuniones del Movimiento Agrario Revolucionario.

Ay, si don Juan os pillara. Nadie sabe lo que pasaría, pero cuando discuten el asunto alardean de que, llegado el caso, colgarán al cacique, a sus hijos y a sus perros de una encina. Sus frustrantes reuniones se celebran en casa de Pablo el Largo, que tiene un sótano donde se apelmaza la borra de su ganado, lo cual es bueno para que todos se pongan cómodos y para que el canto a San Isidro Labrador no llegue hasta la casa de don Juan, *trabajando afanoso y callado, en la vida imitaste a Jesús, y trazando los surcos de arado, con paciencia abrazaste su Cruz.*

Cuando se canta en compañía de otros hombres tan pobres como uno mismo la hermandad escuece. Pero esta vez Matías ha tarareado la melodía a solas en la puerta de su casa, donde ha estado esperando a Juliana. En la asamblea se le ha echado en falta, pero todos saben que tiene últimamente una preocupación más urgente que la política. Cuando Juliana llega, se meten para adentro y discuten. Llevan así dos semanas.

Esta noche creen que Julia duerme, pero ella ha contado hasta tres mil con los ojos bien abiertos y oye al padre que se está quejando. La niña tenía asumido que este año se le terminaría el colegio, pero el maestro le dijo a su padre que una cría como ella merece seguir estudiando. En ese momento las preocupaciones de Matías cambiaron y dejó de asistir a las reuniones del Movimiento. Se iba con el maestro donde los lacayos de don Juan no pudieran escucharlos. Supo el Labrador de la existencia de unos bonos del Ente para familias con niños prodigio.

¿Es Julia un prodigio? El futuro demostrará que no. Puede que un prodigio frustrado. Pero esta noche tiene diez años y el futuro es hermético y parece que su vida penda de un hilo. Seguir en el colegio es todo lo que desea. Su padre se ha quedado callado pero se le oye rezongar porque ha tropezado con la resistencia de Juliana. Julia no quiere perder detalle, así que apoya la mano en el borde del camastro contiguo donde ronca su hermano, y despacio logra zafarse del catre, poner los pies en el suelo y alejarse de ese nido, que debe ser como un huevo por dentro cuando la clueca se le pone encima. A partir de ese momento se concentrará para entender el sentido de las palabras de los mayores al otro lado de la cortinilla.

Nota que su padre se esfuerza. Quiere explicarse de forma que la madre no malinterprete sus palabras, pero la mujer levanta la voz y le dice que tiene pájaros en la cabeza. Se produce un silencio que se rompe cuando el padre pone las palabras una detrás de la otra para explicar de nuevo sus argumentos. Hablan del bono y del colegio, de su des-

tino. El padre dice lo que el maestro le ha dicho: que va a hablar con un amigo suyo y que ese amigo tiene contactos en la capital. Añade que ese amigo, también maestro, ha sacado a tres niños con beca de su escuela y los ha mandado a estudiar a la universidad. La madre se ríe. Es una risa falsa y ofensiva para el padre, que le pide a su mujer que se calle con una voz que logra llegar más clara a los oídos de Julia. Pero la madre no se amilana: le recrimina que sea tan ingenuo y le dice que el maestro, lo que quiere, es una niña con beca para que no le cierren la escuela.

Julia se alarma.

Según su madre, todo el mundo sabe que la escuela no sirve para nada.

Julia no lo sabía: tenía la impresión de que la escuela sirve para que le digan a una cosas sobre números y letras, sobre Dios y la naturaleza, sobre ciudades y países, sobre todo aquello que una nunca ha visto en el pueblo y otras que nadie podría haberse imaginado.

Pero la madre insiste: la escuela es una pérdida de tiempo, mete pájaros en la cabeza de los niños. Julia se pregunta qué tiene su madre contra los pájaros y recuerda con qué aprensión le pide siempre a ella que se acerque al corral a por los huevos de las gallinas. La madre de Julia no fue a la escuela. Cuando ella nació ya se había terminado el Privilegio de los Viejos. Por eso cree que el polvillo de los gallineros deja ciegas a las mujeres si se meten ahí habiendo tenido primero el hijo y luego la hija. Total, que según la madre, el maestro quiere aprovecharse de esta familia para que no le cierren la escuela, pero el padre dice estar harto y la interrumpe.

Quiere decirle cuatro cosas a la madre y así se lo hace saber.

Si piensa que él es tonto, está tan ciega como su madre. La madre dice que cómo se atreve y que a su madre no la miente que lo desuella pero después, en un tono más suave, el padre habla del dinero durante un rato y la madre vuelve a enojarse como pasa siempre que hablan del dine-

ro, y dice que él va a quemar el poco ahorro que han conseguido todos estos años de trabajo y de sufrimiento.

El ánimo de Julia se hunde. No quiere que sus padres dilapiden el fruto de tantos años de trabajo y sufrimiento.

La va envolviendo una tristeza profunda, y entonces el padre levanta más la voz y grita que se hará lo que ella quiera, como siempre se ha hecho en esta casa, y todo parece perdido.

Se enzarzan en una discusión acerca de quién lleva los pantalones, asunto que a Julia le parece ridículo porque su madre siempre va con faldas.

Después ocurre lo inesperado. Sin venir a cuento, la madre autoriza al padre para intentarlo con el bono del estado. Hace su oferta con una voz melosa, como si hubiera llorado y ahora estuviera aliviada. El padre, cuya voz suena cansada, se entusiasma. La alegría de su padre traspasa la cortina y penetra en la niña, que siente que todo puede salir bien si su padre se propone defenderla. Lo oye hablar de la necesidad de un abogado que haga las gestiones de la gente pobre del pueblo. La madre le responde desanimada que no lo ve posible, pero el padre insiste en que Julia lo conseguirá.

En ese momento, el verano ya se asoma sobre la loma. Pronto arrastra su barriga encima de los tejados y la corte de lagartijas que le acompaña corre por las paredes encaladas. El calor espabila trabajos y amodorra cabezas. Muchos padres sacan a sus hijos de la escuela en esta época porque los necesitan en el bancal y los corrales. Don Nicolás, el maestro, lo acepta con resignación y no protesta, pero Julia lo nota paulatinamente más triste a medida que el aula se calienta y se queda vacía. Es un hombre gordo y alto, para ella una montaña parlante. Le ha enseñado que el cerebro es un órgano que vive dentro de la cabeza y le ha mostrado una fotografía en la que parece una coliflor o una nuez abierta. Cuando imparte su última lección, Julia imagina que el cerebro del maestro está escondido debajo de su cráneo sin pelo. Querría que su propio cerebro creciera y se